



1979 Estilo – ALTES-1980

ESTILO

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

DIOS - JESUCRISTO

- I. Voluntad de Dios
- II. Bendición de Dios
- III. Providencia
- IV. Corazón de Cristo
- V. Jesús – Amor

ORACIÓN

- I. Recurrir asiduamente a la oración
- II. Dios está esperando
- III. Nuestro objetivo principal es orar
- IV. Varios modos de orar
- V. Imaginar
- VI. Actividad entrelazada
- VII. Palabra viva, atenta, lenta, en fe pura
- VIII. Gozos de aquí. Gozos de allá
- IX. En el cansancio y soledad

SANTIDAD

- I. Almas olvidadas de sí mismas
- II. Inmolación
- III. Divinizar
- IV. Dos banderas
- V. Amor

VIRTUDES

- I. Fe
- II. Humildad
- III. Paciencia
- IV. Alegría
- V. Poder de voluntad
- VI. Sobriedad
- VII. Laboriosidad

VIRGINIDAD

- I. No hay comparación
- II. Fidelidad de novia
- III. Sólo son castos los que aman

HUMANISMO

- I. Afabilidad
- II. Sentir y hablar bien de los demás
- III. Gratitud
- IV. Discusiones

ORDEN

- I. Jerarquizar
- II. Donde hay orden hay inteligencia
- III. Un sitio para cada cosa

TIEMPO

- I. Pasa el tiempo: queda el amor

ASCESIS

- I. Conversión
- II. Colaboración del alma

¿IGLESIA TEMPORALISTA?

- I. Razones pequeñas

LAS PEQUEÑAS COSAS

- I. Hacer con perfección lo pequeño

OBJETIVOS CLAROS

- I. La tela de Penélope
- II. Clarividencia
- III. Iniciativas
- IV. Claridad en las palabras
- V. Horario

PEREZA

I. Piensa

INTRODUCCIÓN

Éstos que tienes en tus manos son unos breves consejos nacidos de la experiencia. Son ideas que me han ayudado y reflexiones que han ido surgiendo de mi mente en el contacto con las gentes y en la tarea de orientar y dirigir.

Si hoy los escribiera algunos temas quedarían un poco diferentes. Porque desde que éstos se escribieron me he ido renovando y profundizando. Pero los dejo tal cual están porque creo que aún sirven.

Al darlos a la imprenta no tengo otra intención que poder ayudar a alguien, hacer brotar un buen deseo, iluminar algún camino, levantar y estimular cuando el cansancio o la pereza se empieza a adueñar de una voluntad.

Hay una discreta variedad de temas, como variada es la vida y el acontecer del hombre.

Me gustaría que hubiera más, pero si esperara a que los hubiera, éstos no podrían empezar ya desde ahora a realizar su tarea. Y es interesante empezar porque es una pena que no podamos hacer más bien del que hacemos.

A esto viene pues ESTILO, a marcar un sencillo ritmo que quizá cambie algún estilo de vida. Ésta sería la satisfacción y la mejor recompensa que espera

EL AUTOR

Valencia, 12-XI-1979.

DIOS – JESUCRISTO

I. VOLUNTAD DE DIOS

La santidad no está en éxtasis o en arrobamientos, en milagros y gracias extraordinarias. La santidad está en la

aceptación de la voluntad de Dios. Voluntad de Dios en la oración. El alma ha de trabajar para conseguir amoldarse a ella. Si Dios quiere que pase aridez, ¡bendito sea! Si quiere consolarla, agradecerle su don. Si siente cansancio, fastidio, experimenta, en una palabra, su limitación y miseria «su Majestad sabe lo que nos conviene; no hay para qué aconsejarle lo que nos ha de dar, que nos puede con razón decir, que no sabemos lo que pedimos» (Santa Teresa, *Moradas segundas*, capítulo único 8).

Voluntad de Dios expresada en los Mandamientos de Dios y de la Iglesia; en los deberes del propio estado; en los reglamentos aprobados y aceptados por el alma comprometidamente; en los consejos o disposiciones de los legítimos superiores; en las circunstancias ajenas a nosotros de tipo personal o comunitario y general; en todo bien aceptado, cumplido y amado está la mayor perfección. Por eso «toda la pretensión de quien comienza oración (y no se os olvide esto, que importa mucho), ha de ser trabajar y determinarse y disponerse con cuantas diligencias pueda a hacer su voluntad conformar con la de Dios» (Santa Teresa, *Moradas segundas*, cap. único 8).

II. BENDICIÓN DE DIOS

Si somos fieles a los mandatos de Dios Él nos bendecirá, hará prósperos nuestros pasos, crecerá cuanto emprendamos, tendrá vida nuestro hogar.

Pero si nosotros no somos fieles Él castigará nuestra deserción; Él pondrá esterilidad en nuestros campos y se agotará la vida en nuestras casas.

Para que levantemos la mirada a Él, fuente de vida inagotable, manantial de dulzura y de paz, quiere que conozcamos que sin su luz no podemos ver la luz; que sin su brazo poderoso, nos hundimos en el cieno.

No nos castigó por gusto de vernos llorar desesperados sino con esperanza de que nuestro dolor y remordimiento nos llevara a sus brazos, al acordarnos de los días en que éramos sus dulces novias y no nos ahorra el ungüento perfumado para nuestros cabellos.

Acuérdate Jerusalén, tú, hijo de la Iglesia, acuérdate de lo que dice el Señor:

«Ve y grita a Israel: Así dice el Señor: Recuerdo tu cariño de joven, tu amor de novia, cuando me seguías por el desierto, por tierra yerma. Israel era sagrada para el Señor, primicia de su

cosecha: quien se atrevía a comer de ella lo pagaba, la desgracia caía sobre él — oráculo del Señor —» (Jer. 2, 2-3).

No decaigas en tus amores primeros, sigue siendo cariñosa con tu Señor. Le seguiste en el desierto cuando eras más jovencita y Él probaba tu corazón y tú le seguías apasionadamente sin apartarte de su lado. Todos te daban de lado y tú eras fiel a tu Esposo, buscabas su mirada. Ahora que todo es más fácil no te dejes prender en las redes de la comodidad. Mira que el Señor es celoso y quiere que tu vista le busque y que no te aprisiones en redes ocultas que te pueden acarrear la perdición.

Despierta, hija de Israel; calienta tu pecho en la meditación de las palabras agudas de Yahvé y confíale a Él todos tus caminos. No hay ningún Dios que pueda hacerte dichosa. Sólo tu Dios, que busca ser tu novio, como lo era antaño, te inundará de paz como un torrente embriagador.

III. PROVIDENCIA

¿Por qué me he de preocupar de lo que tiene que suceder si está todo contado por Dios?

Palmo a palmo ha medido el terreno con el corazón. Vidas, medios, colaboraciones, amistades, santidad... Todo lo ha visto Él y lo lleva Él. Sólo falta que yo colabore en sus iniciativas y, algunas ¡qué desconcertantes! tanto, que estamos tentados de decir que ha sido una casualidad, cuando no ha sido sino una sabia Providencia.

IV. CORAZÓN DE CRISTO

¡Arraigar en el Corazón de Cristo!

Echar raíces lentamente, secretamente, incesantemente en el ancho litoral de profundidades insondables del Corazón de Jesús. Ésa es tu más alta tarea. Ése ha de ser tu oficio siempre mejor desempeñado, siempre más anhelado.

V. JESÚS-AMOR

Tengo el amor infinito al alcance de mi mano. Allí en el Sagrario hay una llama infinita, devoradora... En la Misa está el Amor vivo, cada día entra por mi boca, y ¿cómo estoy así de frío?, ¿por qué le busco tan poco, me llena tan poco Jesús Eucaristía? Debo, Jesús, demostrarte el amor aunque no lo sienta. Debo buscarte, confiar en Ti, exponerte mis dificultades. Tú debes ser mi Amigo... Omnipotente.

ORACIÓN

I. RECURRIR ASIDUAMENTE A LA ORACIÓN

Que yo me convenza aún más y que lo vea, Señor, con gran claridad.

La voluntad se engorda y toma fuerza quizá cuando deja de obrar el entendimiento. No afligirse por falta de fervor. Bien sabe el Señor nuestra miseria y bajo natural mejor que nosotros mismos; y sabe que ya estas almas desean siempre pensar en Él y amarle. Esta determinación es la que quiere.

Tener humildad para recurrir asiduamente a la oración sin confiar nunca en nuestras fuerzas. Del Padre de las luces vendrá la luz y el consuelo y la paz. Porque a los que buscan el Reino de Dios y su justicia se les dará todo por añadidura.

Que me dé cuenta con claridad de mediodía de la falta que me hace la oración, de que ella es la que me capacitará para cumplir fielmente mi deber.

II. DIOS ESTA ESPERANDO

Dios está esperando que le hablemos y pasemos tiempo con Él. Tiene muchos secretos que confiarnos, pero no lo puede hacer de providencia ordinaria — lo podría hacer violentando las leyes normales de la economía sobrenatural, por medio de un milagro, en la calle, en el ajetreo de las ocupaciones o en el aturdimiento de las diversiones y de la evasión —.

Por eso Él espera que nos vayamos madurando en la reflexión, en la comunicación con Él y ya nos va comunicando luces, ideas, a veces ideas-fuerza poderosísimas, intuiciones misteriosas y fugaces como un relámpago. Éstas por su naturaleza no son duraderas, son inestables y hay que pescarlas al vuelo pero ¡cómo dejamos de enriquecernos o enriquecer al pueblo de Dios cuando no facilitamos esta donación de luz, de gracia y de fuerza!

III. NUESTRO OBJETIVO PRINCIPAL ES ORAR

Nuestro objetivo principal es orar. Cada vez veo más diáfano este fin. Ya nos reunimos al principio con esta finalidad pero no veo que haya que desviarla o rectificarla. Antes al contrario voy viendo más necesario nuestro fin y que hemos de poner todo el empeño en conseguir que todos oremos mucho, a ser posible, todo el día; oren bien, con gran suavidad, sean muy virtuosos para orar mejor y oren mejor para ser más virtuosos; oren con

constancia venciendo las muchas dificultades que el demonio y su natural acumulará; vean cómo según los tiempos y sus estados de alma pueden hacer la oración correspondiente: pues unas veces habrá de ser mental, otras no podrá ser más que vocal y otras lectura meditada. De todo hay que valerse y comer como se pueda, como hacemos con el organismo corporal; a veces, bebido, a veces frío, otras caliente y otras a sorbos. Pan con corteza o acelgas. Jamón o flan. Lo que convenga porque lo interesante es alimentar y nutrir el cuerpo, para conseguir un rendimiento fisiológico.

IV. VARIOS MODOS DE ORAR

Siendo la oración la ocupación primordial y que diariamente hay que hacer será necesario conocer varios modos de orar, para que ni el cansancio ni la monotonía lleguen a perjudicarla. Hemos hablado de oración vocal como una manera de combatir la negligencia y la pasividad indolente. Pero no vayáis a creer que todo ha de ser oración vocal. Éste es sólo un modo y que hay que emplear con aquellos fines, pero supeditados siempre al fin del amor, porque a eso está enderezada la oración: «a tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama» (Santa Teresa, *Vida*, VIII, 5).

Por tanto hay que asegurar el fin y aprovechar los modos para la consecución del mismo. No empeñarse en mantener a ultranza un modo u otro como si eso fuera lo esencial, con perjuicio seguro de la oración, que se haría difícil y se correría el peligro de no perseverar en ella. Apenas se haya cerciorado de que el método que sigue es ineficaz o se le hace sumamente difícil, cambiar, sin escrúpulos. En esto hay que tener una santa libertad y una gran flexibilidad; cuidando mucho de no causar hastío al alma. Lo que hacemos con la comida que, dado que lo hemos de hacer cada día varias veces, huimos de la monotonía para no incurrir en la inapetencia o en náuseas; la variedad será el mejor estimulante.

Variedad en la oración, pero tampoco cambiando rabiosamente como por snobismo, sino en aras del mejor empleo del tiempo sagrado.

V. IMAGINAR

Imaginar: he ahí otra manera de emplear el tiempo de la oración. Imaginar sobre todo el Evangelio. La Pasión será un tema predilecto de Santa Teresa: «... Comenzamos a pensar en la merced que nos hizo Dios en darnos a su único Hijo, y no paramos allí, sino vamos adelante a los misterios de su gloriosa

vida; o comenzamos en la oración del Huerto, y no parar el entendimiento hasta que esté puesto en la Cruz; o tomamos un paso de la Pasión digamos como el prendimiento y andamos en este misterio, considerando por menudo las cosas que hay que pensar en él y qué sentir, así de la traición de Judas, como de la huida de los apóstoles y todo lo demás, y es admirable y muy meritoria oración» (Moradas sextas, VIII, 10).

Ya veis pues qué sencillamente se puede pasar la hora a los pies de Cristo, mirándole, hablándole, callando, amando. Es una forma sencilla de desarrollar en el alma el amor a Jesús, que encuentra en la psicología un clima sobre el que irá trabajando la gracia de Dios.

VI. ACTIVIDAD ENTRELAZADA

Actividad entrelazada de la razón y la imaginación suaves y conducentes al amor.

Al pensar en el Evangelio, como en cualquier verdad del dogma, normalmente y de una manera espontánea actuará alternativamente la inteligencia formulando preguntas, que solucionará con sus respuestas, haciendo aplicaciones para sí, o bien de la falta que tiene de aquella virtud o entrega o bien de las veces que falló; con la imaginación que deliberadamente se irá representando pictóricamente la escena, de una manera particular cuando de la vida del Salvador se trate. Santa Teresa enseña este modo: «Pues tornando a lo que decía de pensar a Cristo en la columna, es bueno discurrir un rato y pensar las penas que allí tuvo y por qué las tuvo y quién es el que las tuvo, y el amor con que las pasó. Mas que no se canse siempre en andar a buscar esto, sino que se esté allí con Él, callado el entendimiento. Si pudiere, ocuparlo en que mire que le mira y le acompañe y bable y pida y se humille y regale con Él, y acuerde que no merecía estar allí. Cuando pudiere hacer esto, aunque sea al principio de comenzar oración, hallará grande provecho y hace muchos provechos esta manera de oración al menos hallóle mi alma» (Vida, XIII, 22).

Si nos detenemos en estas palabras de Santa Teresa, que son una cita casi a la letra de San Pedro de Alcántara en su tratado de oración, cap. IV, veremos que parece que ella misma se contradice ya que de sí misma dice que no puede discurrir con el entendimiento y su imaginación es harto torpe: «Porque no me dio Dios talento de discurrir con el entendimiento ni de aprovecharme con la imaginación, que la tengo tan torpe, que aún para pensar y representar en mí, como lo procuraba, traer la

humanidad del Señor, nunca acababa» (Vida, IV, 7).

La contradicción es más aparente que real, está más en las palabras que en la práctica de Santa Teresa que es la que enseña. Más que un discurrir sobre los misterios de Cristo, cosa que no puede ella, lo que hace es estar con Él y dar rienda suelta al amor que es el fin y la meta de la oración.

Llegar al amor es el término; algunos podrán llegar por el discurso, otros no, y en cambio alcanzarán más rápidamente la meta por el acompañarle con un estar afectuoso.

VII. PALABRA VIVA, ATENTA, LENTA, EN FE PURA

Palabra viva, atenta, lenta, en fe pura, sin querer ver ni sentir nada, con disponibilidad total.

Si consistiera sólo en palabras rutinarias moriría pronto la oración. No que la palabra deje de tener un germen de vida pero digamos en seguida que es frágil y muere pronto. Pero más profundo que las palabras es el sentimiento y entonces está más asegurada la oración. Pero aún puede esto morir y quedarnos con una seguridad a secas, con una oración oscura de fe que ésta ya permanece más.

El procedimiento para hacer duradera la oración será calentar el corazón con la lectura, con la plática, con la conversación de Dios. Calentar el corazón, hemos dicho la palabra exacta, porque por experiencia sabemos que las más bellas palabras, nos dejan vacíos, si no llevan dentro una carga afectiva que no se descargará con las palabras, pero que es susceptible de incrementarse por ellas y que, en el mejor de los casos, callando se adelanta. En el silencio, se ama y se goza, se sufre y se llora, se espera y se suplica.

VIII. GOZOS DE AQUÍ. GOZOS DE ALLÁ

¡Qué despreciable me parece la tierra cuando contemplo el cielo! Hay tanta diferencia de lo celestial a lo terreno... es tanta la distancia y tan superior el valor de lo sobrenatural que vale la pena que el hombre sacrifique todo lo de acá por el gozo de allá.

Todo gozo tiene un precio. Cuanto más valores cotizables tiene algo acá, más caro cuesta. El precio del goce humano está tasado por el más o menos que pueda dar.

El gozo sobrenatural hay que comprarlo caro. Cuesta caro, pero, a la postre, resulta barato. Es como el que compra buen género que cuesta más caro, pero, como da mejor pago, aun es barato si se compara su duración y calidad.

Los gozos de aquí cuestan más baratos que los de allá (si tenemos en cuenta que se pagan con dinero... que se

desvaloriza y se lo comen las polillas... que si lo consideramos con la paz que roban aún resultan más caros...) pero son de inferior calidad y de corta duración.

Los gozos eternos, que ya se poseen aquí, cuestan más caros pero rinden al ciento por uno. En efecto. Cuesta la fidelidad a la oración pero ¡qué paz y seguridad, qué alegría y plenitud produce!

Es verdad que no hay comparación entre lo efímero y lo eterno, lo accidental y lo sustancial; lo que pasa y lo que permanece.

IX. EN EL CANSANCIO Y SOLEDAD

En los momentos de cansancio acudir a Dios.

En las horas de abatimiento llamar a la Virgen.

En la soledad y en el desamparo esforzarse por buscar amigos en el cielo donde los tenemos seguramente y que nos quieren de verdad.

Pedir, llamar, recordar, invocar, he aquí cuatro verbos que en esas horas grises nos pueden solucionar el problema. Quedaremos reconfortados y con el mérito acaudalado y la seguridad de ser atendidos.

Dios escucha las oraciones de los atribulados y está cerca de los que lo invocan.

Entonces somos fuertes porque nos fuerza la debilidad a acudir a la roca de la fortaleza, y por ser débiles nos hemos trocado en fuertes. Antes era una caña y ahora soy la fuerza de Dios.

SANTIDAD

I. ALMAS OLVIDADAS DE SÍ MISMAS

Son las que se entregan del todo a la voluntad adorable de Dios. No es fácil encontrarlas. Para ellas no existen dificultades. Gobernarlas no ofrece trabajo especial. Santificarlas es cosa fácil.

La Iglesia necesita almas totales. Almas fáciles. Almas emprendedoras. Almas generosas. Almas que sufren porque no padecen. Almas que no hacen padecer. Almas sin problemas. Almas sencillas, sin enrevesamientos. Almas sin complicaciones.

Hay almas «teclas», para hacerlas sonar afinadamente hay que haber estudiado toda la carrera en el Conservatorio.

II. INMOLACIÓN

Ofrecer a Dios nuestro cuerpo como hostia agradable a Dios. Así ha de estar siempre nuestro cuerpo: en actitud de hostia, víctima que es sacrificada, no debe vivir un minuto sin ser inmolada, sin inmolarse. Inmolación que llevará a cabo la castidad, inmolación perenne. Inmolación de la lengua, del pensamiento, del afecto, del trabajo, de la enfermedad, de la oración, del negar la búsqueda de la alabanza... En fin que hay que ingeniárselas para buscar estar en estado de hostia para agradar a Jesús.

III. DIVINIZAR

Dios nos ha elegido para una inconmensurable tarea: la de divinizarlos y divinizar: Hacernos dioses pequeños y hacer a muchos dioses pequeños.

¿No nos causa un gozo muy hondo — muy hondo — el pensar que nuestra vida va a estar dedicada a ayudar a las almas que Dios ponga en nuestro camino a que se hagan dioses?

Tenéis que vivir tan llenos de Dios, tan empapados de gracia, que cuando las almas os vean, os oigan, sientan el burbujeo de Dios en ellas.

No serán precisas muchas palabras. Vuestra vida producirá vida, vuestro fuego encenderá; la huella de Dios que chispee en vuestros ojos transirá de divinidad a vuestros hermanos.

Divinizar. ¡Divinizar! Que es producir dioses, que es infinitamente más que engendrar hombres.

Eso sí que es crear belleza. Eso es ser... Artistas del mejor arte.

IV. DOS BANDERAS

Los caminos por los que el demonio quiere despeñarte son falazmente más anchos, y mejor asfaltados, más rientes y perfumados, pero apenas te has puesto en sus manos has sentido la amargura de sus cadenas.

Las sendas por donde Dios quiere llevarte al Reino de la Vida te parecerán, al principio, insoportables, pero con el ejercicio al paso del tiempo te acostumbrarás y dejarán de serlo; pasará un poco más y ya no las sentirás; si eres constante y no vuelves atrás, las hallarás placenteras.

V. AMOR

Si no hay fuego el grano de incienso está muerto. El incienso en la naveta o en el brasero apagado es como piedra inanimada, como semilla infecunda. Pero un brasero encendido acusa de inmediato la caída del grano que en su chisporroteo vive y muere desangrándose en aroma embriagador.

Sin fuego de caridad en el alma la oración y las acciones, aun las más hermosas, no despiden vida de amor. Cuando el amor es vivo el incienso de las obras se actúa en toda su virtualidad y potencia y llega al más alto ritmo del ideal del buen olor de Cristo.

VIRTUDES

I. FE

No nos damos cuenta de lo meritorio que es a los ojos de Dios el acto de fe, la vida de fe. Creer sin ver. Prestar el asentimiento a las verdades que Él nos ha revelado y el Magisterio Eclesiástico nos propone. «¡Bienaventurados los que no vieron y creyeron!», afirmó Jesús. Cuando recibes la Eucaristía, cuando ofreces la Santa Misa, cuando oras... cuando vives la fe, eres bienaventurado. ¿Te sientes desgraciado? Eres, déjame que te lo repita, eres bienaventurado. Eres dichoso. ¡Qué mérito tiene la fe que así la hace fructificar Dios!

II. HUMILDAD

No hay que desanimarse nunca por mal que se haya empleado la vida hasta el presente. Porque Dios nos sigue buscando y Él nos salvará si nuestros tropiezos son de la miseria humana y del temperamento que a cada uno arrastra hacia su flaco. Creo que el mal peor que puede acaecer, es rendir armas a la vista de los fracasos. Todo lo contrario. Comprobando lo que cuesta recoger de nuevo la voluntad y templarla después de que ella salió derrotada, ir con más cuidado y cautela para no dejarse engañar, cual cumple a experimentados, que es el bien que Dios sacará de aquí. Nos dice Santa Teresa: «Por eso, no os desaniméis, si alguna vez cayereis, para dejar de procurar ir adelante, que aun de esta caída sacará Dios bien, como hace el que vende la triaca para probar si es buena, que bebe la ponzoña primero. Cuando no viésemos en otra cosa nuestra miseria y el gran daño que nos hace andar derramados, sino en esta batería que se pasa para tornarnos a recoger, bastaba» (Moradas segundas, cap. único, 9). Quizá sabe el Señor que no somos capaces de hacernos humildes, más que experimentando y palpando nuestra miseria; precavidos sólo cuando hemos su-

frido las consecuencias de la ligereza. Eso es sacar bien de la caída.

III. PACIENCIA

Procura acomodarte al paso de Dios. Él no suele precipitar nada. Lo gobierna todo con sabiduría, bondad y suavidad. Plantas un pino y, ¿cuánto tarda en convertirse en un árbol que dé apacible sombra?

Fíjate en lo que cuesta criar un niño, la de cuidados que exige hasta que llega a hombre.

El impaciente quiere dar un golpe y que caiga la pared, lanzar un grito y que se rinda un alma, abrir un libro y digerirlo de un vistazo.

Es sabio amoldarse a la marcha de las cosas, al germinar lentísimo de las ideas, a la imperceptible transformación de las almas.

La frase de San Agustín: «Deus patiens quia íc ternas», «Dios es paciente porque es eterno», vale también para nosotros que vamos a ser eternos con Él.

Si quiero subir a un monte habrá de ser con lentitud. Alerta pero sin parones. Sin parones, no sin paradas, porque hay que resollar.

Si quiero ser sabio a no cansarme de estudiar, y de aprender con parsimonia.

Esperar. Y si ese esperar se prolonga y ese no alcanzar la meta nos tritura, lo cual sucede cuando es Dios quien enciende los deseos, aceptemos ese martirio, que no es poco, y alégrenos pensar que día de mucho esperar es víspera de mucho alcanzar.

Aparte de que las almas no alcanzarán la perfección absoluta nunca. Por muy buena voluntad que tengan hasta que no llegue la hora de Dios no se corregirán del todo.

Aceptarse como se es, donoso modo de ejercitar la humildad.

Aceptar al prójimo como es. Excelente cilicio que, sin perjudicar la salud física, suaviza y hace amable la convivencia.

Practicar la benignidad en soportar los caracteres.

Es la más eficaz manera de evangelizar a los hermanos la caridad que todo lo soporta.

Por mucha ansia que tenga el labrador de la cosecha no podrá ayudar a fuerza de tirones a crecer el trigo, ni podrá abrir el jardinero con sus dedos, aunque sean dedos de hada los suyos, o de cirujano, el botón de una rosa.

Es la paciencia la que verá abierta la rosa al sol esplendente de mayo y dorado el grano en el balanceo tímido de la espiga.

Las quejas son patrimonio de almas débiles, de corazones cobardes. Las quejas son producidas por falta de paciencia.

Hay que engrasar el corazón, la voluntad, la sensibilidad con la vaselina de la paciencia para que esas ruedas no den chirridos.

La rueda mal engrasada es la que mete más ruido, y el hombre impaciente es como una rueda mal engrasada que no tiene paz ni la deja tener a los demás.

No seas rueda de afilador que estremece, sé modelo de dulzura paciente.

IV. ALEGRÍA

«Lo que Dios tiene preparado para los que le aman...» Dice San Pablo que no lo sabemos. Él habla del cielo. Pues bien también en la tierra Dios da unos gozos que no los podemos sospechar hasta que los gustamos. Buen cambio hacemos al dejar los que los sentidos nos pueden proporcionar por los que el espíritu goza por y en Dios.

Pero aquí hace falta experiencia o confianza para fiarnos de quien la tenga.

Parece como si fuera necesario cavar, ahondar en nuestro ser para llegar a este filón que es el espíritu donde, despierto y como sensibilizado, ya recibe el perfume de Dios.

V. PODER DE LA VOLUNTAD

Cultivar crecientemente y sin retroceso ni desmayo el poder de la voluntad.

Sea ella siempre la que decida. No sea nunca el sentimiento o los sentidos quienes la esclavicen.

«En mi casa mando yo», debo repetirme frecuentemente. En mi casa mando yo, que soy mi voluntad. Y ella dirigida por la razón y por la fe y sostenida por la gracia de Dios.

Si la razón me dice: «no debes mirar» y miro. Si la razón me dice: «no debes hablar» y... hablo. Si la razón me dice... ¿Dónde está mi voluntad? Claro que mi voluntad es la que mira, habla, y por eso falta a su deber... y después se arrepiente... de no haber estado en su sitio de señora y directora.

La voluntad que mande bien sin dejarse arrastrar por el ímpetu del sentimiento o del hedonismo ambiental.

VI. SOBRIEDAD

La satisfacción inmediata que nos proporciona tan fácilmente el dejarnos llevar de la pasión de gula o glotonería, está

contrapesada por una cantidad de inconvenientes que, meditados, pueden hacernos cambiar.

Hay que alimentarse debidamente para que el cuerpo pueda servir al espíritu.

Tener claro que la muerte acecha dentro del vientre.

Cuando se come más de lo que se debe sucede que viene la depresión, el abatimiento, el pesimismo y, a veces el dolor.

VII. LABORIOSIDAD

Las hormigas trabajan siempre. Son hacendosas, constantes, perseverantes. Vencen todos los obstáculos. Almacenan, ahorran, sin prisas, pero sin pausas.

He ahí un modelo sabio, con la sabiduría instintiva de que Dios sabio es Creador. El que siempre trabaja en quietud inmutable, ha puesto en esos animalitos chiquitines un reflejo de su acción, de su trabajo, de su laboriosidad.

Pero, mejor que nos fijemos en las abejas, pues las hormigas almacenan para ellas, pero las abejas, al producir la miel, trabajan para los demás. Dios les dio el instinto, también reflejo de su amor por todos, de trabajar para la vida de los hombres.

En estos dos animalitos ejemplares tenemos el modelo de laboriosidad y producción de bien para nosotros, y los nuestros, y todos los demás hermanos, e incluso toda la creación en la que estamos integrados.

VIRGINIDAD

I. NO HAY COMPARACIÓN

«No quiero enumerar las molestias de los casados, el vientre que se hincha, el niño que llora, que se enferma, el tormento de los celos, la solicitud del cuidado del hogar, el marido que se enfada, que no te da bastante dinero; en fin, todo lo que se aprecia como deleitable en el matrimonio y que la imaginación colorea sutilmente, es cortado por la muerte» (de San Jerónimo).

Pero no te llenes de soberbia por la gloria de la virginidad. Vas cargada de oro, huye pues del ladrón.

No hay comparación entre lo que dejas y lo que recibes. Por una lucha temporal recibes un premio eternal. Una lucha temporal que cada vez es menos lucha porque la gracia es mayor y las pasiones disminuyen y el hábito las facilita y el

amor de Dios que crece disminuye el ardor de la concupiscencia. No hay que temer a darle a Dios eso. Su misericordia es grande, puede darnos más de lo que le podemos pedir. Y nos lo dará. Desconfía de tus fuerzas, pero confía, sí, fuertemente, audazmente, en su poder y en su fidelidad que no permitirá que seas tentado por sobre tus fuerzas.

II. FIDELIDAD DE NOVIA

Como una muchacha limpia, delicada, amorosa, se mantiene limpia, delicada, amorosa, con el pensamiento fijo en el que ama y llena su vida, el alma casta, limpia, delicada, amorosa, tiene el gozo de ser fiel al que ama con delicadeza, con ternura, con dedicación llena de alegría y de fecundidad.

Si la virginidad carece de alegría temo que no sea íntegra; me parece que alguna fibra del corazón no late por Él.

Hace falta la decisión de San Francisco de Sales para cortar de su corazón algo que no fuera del Esposo.

Fidelidad de novia a Jesús. Es el Hombre más digno de recibir todo el amor de su novia.

III. SÓLO SON CASTOS LOS QUE AMAN

No se puede comprender la castidad sin el amor. Como no se explica el regalo sin que el corazón esté interesado por una persona.

Buscar un regalo digno de Dios es obra a la par de la inteligencia que ha visto claro cuánto Él merece, y del amor que le quiere regalar lo mejor que tiene.

La castidad es una donación, una ofrenda a Dios del cuerpo y alma vírgenes para que sólo Él los posea y los goce en exclusiva.

Sólo un hombre apasionado por Dios tiene fuerza para darle y mantenerle la donación siempre de su íntegra personalidad a su Creador.

Por eso castos son sólo los que aman.

El que no ame no entenderá la castidad.

HUMANISMO

I. AFABILIDAD

Los hijos de la Iglesia han de ser afables en la conversación y en el trato con todos y, más, con los hermanos. Que a veces sucede al revés. Como si se quisiera engañar, causando, a los que no nos conocen, mejor impresión de lo que somos.

Humildad verdadera. Y si la hay, que es el fundamento de la vida de Dios, habrá una dulzura de trato que cautivará los corazones. Y si no hay esta humildad de poco servirán los muchos trabajos porque no encuentran el corazón ablandado en Cristo.

Dichosa comunidad donde todos a porfía van a ser servidores unos de otros. Un cielo será esa casa, porque ellos han comprendido lo que es ser de veras espirituales:

«¿Sabéis que es ser espirituales de veras? Hacerse esclavo de Dios, a quien, señalados con el hierro que es el de la cruz, porque ya ellos le han dado su libertad, los pueda vender como esclavos de todo el mundo, como Él lo fue; que no les hace ningún agravio ni pequeña merced. Y si a esto no se determinan, no hayan miedo que aprovechen mucho, porque todo este edificio, como he dicho, es su cimiento humildad; y si no hay ésta muy de veras, aun por nuestro bien no querrá el Señor subirle muy alto, porque no de todo en el suelo. Así que, hermanas, para que lleve buenos cimientos, procurad ser la menor de todas y esclava suya, mirando cómo o por dónde las podéis hacer placer y servir; pues lo que hicierais en este caso, hacéis más por vos que por ella, poniendo piedras tan firmes, que no se os caiga el castillo» (Santa Teresa, *Séptimas Moradas*, IV, 8).

II. SENTIR Y HABLAR BIEN DE LOS DEMÁS

«Gran sabiduría y perfección es sentir siempre bien y grandes cosas de otros y tenerse y reputarse en nada» (*Kempis*).

Esta sentencia del Kempis ataca a fondo nuestro orgullo que siempre siente inmejorablemente bien de sí, de sus cualidades, y acciones y omisiones. No se contenta con sentir bien de su gran personaje. Quiere

que también los demás comulguen con su sentimiento y, con hambre, espera que expresen con palabras y acciones la aprobación de lo suyo y, mejor, su admiración por las gestas del héroe.

Si las cosas son así y ahora llega la magna humildad y dice a la naturaleza: eres nada, no vales nada, tus acciones y pensamientos no dejan de ser vulgaridades... Si hace más: ve actuar a los hermanos, sean amigos o no, simpaticen o no, y se complace en su acción, la alaba por dentro y por fuera, ¡qué victoria sobre la naturaleza!

Por lo mismo que cuesta tiene valor ese sentir y ese hablar y ese obrar.

Y proporcionalmente al esfuerzo que ha exigido el vencimiento inunda la paz de la victoria el corazón henchido de la gracia de Dios.

Si lo probamos y saboreamos el acíbar trocado en miel, nos aficionaremos a esta manera de conseguir el imperio del sentimiento y adueñarnos de los corazones del prójimo, vencidos por nuestra caridad que sembrará nuestra actividad apostólica de flores y frutos magníficos.

III. GRATITUD

Porque lo vemos hacer todos los días nos creemos con derecho de recibir una porción de atenciones de los nuestros y allegados, que solemos recibir sin agradecer. Indica poca sensibilidad, poca finura. Agradece esa medicina, esa carta que te han escrito con sacrificio. Ese consejo desinteresado... Esa visita, ese regalito.

IV. DISCUSIONES

¿Discutir? ¿Para qué? La mejor manera de ganar una discusión es no tenerla.

No discutáis. No os alborotéis. No queráis llevar la razón. Callad cuando os lleven la contraria. Es finura de educación. Es virtud de discreción y caridad.

No faltaba más, que perdierais la paz de la amistad y

la del alma por dos razones que con toda razón no tienen razón.

ORDEN

I. JERARQUIZAR

Jerarquizar los trabajos. Y hacer primero el más necesario, que, a veces, suele ser el más difícil. Los demás ya no me parecerán tan duros. Y al tener hecho el principal llevo más paz. Y, sobre todo, me he alimentado con el fruto y he recibido la paga por el sacrificio. Primero lo primero, después lo segundo y así hasta agotar el día.

Ordena tu vida. Ordena tus trabajos. Ordena tus cosas. Un sitio para cada cosa y una cosa para cada sitio. Ganarás tiempo y tendrás alegría y causarás impresión de belleza. Porque el orden es belleza.

II. DONDE HAY ORDEN HAY INTELIGENCIA

Donde hay orden hay inteligencia. Y donde hay inteligencia hay orden. El fruto de la inteligencia es el orden.

También el instinto ordena, pero no en su virtud, ni por sí mismo, sino en virtud de la inteligencia que hizo el instinto.

La organización es cosecha del entendimiento, que coloca en su debido lugar y tiempo y circunstancia las cosas, las actividades, las relaciones, en fin todo lo que depende de la acción humana o en lo que influye la misma.

Orden en el trabajo, orden en los libros, orden en el sentido de la vista, en la imaginación, en los afectos.

En los afectos: primero a Dios, después a las criaturas más cerca de Dios, o que más participan de su ser.

Orden en el tiempo. Saber el valor del minuto. Aquel sacerdote me dio una saludable lección en la celebración de la misa; llegamos a tiempo al tren porque había querido celebrarla él, «que conocía el valor del minuto»,

quizás otro se hubiera entretenido en detalles no necesarios y... hubiéramos perdido el tren.

Si tenemos orden en el tiempo, si ahorramos tiempo, cuando sea necesario, tendremos tiempo para regalar... a Dios o a sus almas.

Naturalmente que si lo gastamos sin cuenta, sin control de entradas y salidas, sin las vallas del reglamento y de un certero horario, nos pasará como al que gasta y gasta sin ajustarse a un presupuesto. Habrá gastado en lo inútil y tendrá que empeñarse para comprar lo necesario.

Pero el orden no nos quita la libertad. Es el campo necesario de la libertad. Porque la libertad debe desenvolverse entre líneas divisorias que garantizan la libertad de otras criaturas.

La libertad requiere una dirección y esa dirección le promana del orden.

III. UN SITIO PARA CADA COSA

¿Habéis buscado alguna vez algo que de momento necesitabais y no lo habéis encontrado a pesar de los esfuerzos? A todos nos ha pasado. Se pierde una hora. Dos. A veces un día. ¡Cuánto tiempo perdido! ¡Y cuánto desgaste de nervios y pérdida de buen humor!

Y todo sucedió porque se pensó al emplear aquel objeto que se ganaba tiempo con dejarlo con rapidez, de cualquier modo.

Si hay un sitio para cada cosa y cada cosa está siempre en su sitio, siempre..., se economiza mucho tiempo y se gana seguridad y alegría.

Se es más eficaz con orden en todo. Y tenemos obligación de ser eficientes y de hacer rendir al máximo nuestro tiempo.

TIEMPO

I. PASA EL TIEMPO: QUEDA EL AMOR

Pasa el tiempo. Cuando cogí la cuartilla para escribir

estas líneas estaba pasando el tiempo también. Ya pasó. Ya no está a mi disposición como lo está este momento en que escribo esta letra. Va pasando el tiempo. Como el agua que en el río corre y no se repite; sigue pasando. Ayer pasó y anteayer. 50 años han ido pasando. Pasará este minuto y el siguiente llega y lo poseo y pasa. No me quedo con él. No lo puedo archivar. Y con el tiempo pasa lo que en él, en su período fugaz y efímero, hemos querido realizar, de bueno, de santo, de malo, de condenado. Y lo que no hemos hecho no pasa, sino la oportunidad de haberlo realizado, que no se nos volverá a presentar.

El dolor pasó. La felicidad pasó. La angustia de un acontecimiento que se esperaba desgraciado también pasó. La tarde de dulzura sensible y la mañana de humillación amarga, pasaron.

¿Qué queda de todo? ¿Igual da lo bueno que lo malo? Hay una diferencia que es definitiva. El tiempo pasa y los acontecimientos placenteros o dolorosos, suaves o espinosos, con él. Pero el placer o el dolor, la suavidad o las espinas son la cáscara del mérito de las buenas acciones y el demérito de las obras malas. Éstas sí que quedarán, como las espigas del maíz serán descortezadas al paso del tiempo a la eternidad y, desechadas éstas, permanecerá mérito y demérito.

Si has sabido aprisionar los merecimientos del amor en odres de momentos amargos y tristes y te ves liberado de malas obras que no quedaron porque tuviste vista para mirar lejos y porque no quisiste desobedecer a Dios, podrás contemplar con gozo el paso del tiempo, sin amargura por lo que no gozas y con suavidad por lo que padeces. En una palabra: Con Amor.

Nos seguirán las obras. Esto es, el Amor con que fueron hechas o el amor por el que se dejaron de hacer. El amor que nos hizo tolerables los padecimientos de las obras, que hicimos, o la privación de los goces de las que no se hicieron. Nos seguirán las obras, y el tiempo habrá pasado.

Pasaron las fallas. Quedó la ceniza. Quedó el pecado, para castigo. Quedó la virtud para ser premiada.

Pasaron los minutos desde que comencé a escribir. El dolor del pensar y tener que cristalizar no sólo para mí, sino para otros de manera que lo puedan entender, ha pasado. El amor con que lo escribí no ha pasado. Ha quedado y se acumula a la divina caridad del Cuerpo Místico y hace crecer la Iglesia. Es lo único que soportará la prueba del fuego. Porque el Amor es más fuerte que la muerte.

ASCESIS

I. CONVERSIÓN

Unas veces porque perdimos fuerza, otras porque no le dábamos importancia nos íbamos apartando de Dios. Eran pequeñas cosas; no eran pecados graves, claro... eran... pues eso, cosas insignificantes: dos palabras de más en tiempo de silencio, unas miradas furtivas desde el balcón y por las encrucijadas; unas imaginaciones que iban y venían sin que en nuestra voluntad se estrellasen, un amor propio que no acababa de ser dominado, una antipatía que se alimentaba, un desorden en el vestido, o en las relaciones con familiares, unas preferencias en las comidas, o en nuestro cuidado, y por esas pequeñas infidelidades repetidas, el amor se iba enfriando y nuestro corazón no era sólo para Él.

El Señor quiere que seamos sus íntimos, pero esta intimidad hay que ganarla. Esta intimidad de Esposo la da Él y la toma cuando la esposa — el alma — le ha demostrado durante mucho tiempo que ella no piensa en ningún otro, ni le preocupa nada más que Él. Él no se compromete más que con quienes son de veras y a todas pruebas dignos de su confianza. Pero cuando Él da su intimidad ¡qué es lo que da! ¡Oh, almas!, ¡si lo supierais!, si pudiérais sospechar lo que perdéis por no

mortificar del todo vuestra voluntad! Son éstos los que traicionan al Señor «igual que una mujer traiciona a su marido, así me traicionó Israel» (Jer. 3, 20).

Volvamos a Él. Démosle el gozo de ser Él nuestro gozo pudiéndose fiar de nosotros: «Se escucha un clamor en las colinas, llanto afligido de los israelitas, que han extraviado el camino, olvidados de su Dios. Volveos, hijos apóstatas, y os curaré de la apostasía — Aquí estamos, hemos venido a Ti, porque Tú, Señor, eres nuestro Dios» (Jer. 3, 21-22).

II. COLABORACIÓN DEL ALMA

Nos extrañan las palabras de San Pablo «Castigo mi cuerpo y lo reduzco a servidumbre, no sea que mientras predico a los demás yo mismo me condene» (1 Cor 9, 27).

Es lo que sucedió a Judas y a Salomón, elegido rey de Israel, y a cuántos más en la historia.

Hemos de esforzarnos y llevar mucho cuidado de que no se pierdan tantas gracias y luces como hemos recibido.

Triste sería que se aprovecharan los otros de la luz que el Señor nos dio a nosotros y nos quedáramos a oscuras nosotros.

No seamos como la mariposa «que echa la simiente para que salgan otras y ella queda muerta para siempre» (Santa Teresa, *Moradas Quintas*, III, 1).

¿IGLESIA TEMPORALISTA?

I. RAZONES PEQUEÑAS

La Iglesia temporalista daría razones pequeñas para solucionar problemas superficiales, periféricos, temporales.

La Iglesia de Jesús es fuerte para dar soluciones de

largo alcance.

La justicia, la paz, el progreso, la promoción, la libertad, la realización de la persona humana, la convivencia, son problemas muy importantes, dedicarse a su solución ennoblece. Pero todo eso es poco y pobre para la Iglesia. «Mi Reino no es de este mundo» (Jn 18, 36). Si la Iglesia se limitara a solucionar esos problemas es muy posible que no los solucionara y además no consiguiera realizar su fin. Si busca el Reino, en cambio, todo se le dará por añadidura (Mt 6, 33).

La Iglesia en oración soluciona todo.

Los santos han tenido solución para los casos más difíciles, para las dudas más abismales.

Los grandes místicos ayudan a resolver los más agudos problemas porque llegan al centro de la Primera Causa y arrebatan la Felicidad Suma.

LAS PEQUEÑAS COSAS

I. HACER CON PERFECCIÓN LO PEQUEÑO

Para ser grande no hace falta hacer cosas materialmente grandes. Basta que se ponga un elemento de grandeza para que algo sea grande.

En una catedral hay elementos muy pequeños que hacen la magnificencia del templo.

En una acción intervienen muchos factores: el material, si ésta es material, y el humano, y, si la acción se hace movida por amor y éste es grande, he ahí que la acción, aun siendo la de encender una cerilla, es tan grande como el amor que la impulsa.

Si se pone mucho amor en todo, todo se potencia a las calorías del amor.

Como la vida, aún de los que tienen posibilidad de realizar grandes obras, está tejida de detalles pequeños, es preciso que se les condimente con la intención divina para sacarles un rendimiento sobrenatural máximo.

Hacer mal o apáticamente las cosas porque son

insignificantes no exige ninguna atención. Así las hacen los vulgares y los perezosos.

Pero hacer con perfección lo pequeño: abrir un sobre, bajar la escalera o subirla, llenar un vaso, escribir una carta, quitar el polvo, delata al hombre grande en lo pequeño. Para ennoblecer y abrillantar esas cosas opacas nada como el amor.

Así podía decir el oriental: «¡Qué feliz soy! ¡Cavo la huerta y saco agua!»

OBJETIVOS CLAROS

I. LA TELA DE PENELOPE

Pensar mucho. Reflexionar largamente. Consultar. Orar sobre ello. Madurarlo. Cuando hayamos conseguido ver claro lo que conviene, mantenerlo inalterable.

Huir de la tela de Penèlope: trabajo de tejer y destejer. Nunca haríamos nada de provecho.

II. CLARIVIDENCIA

En la vida sobrenatural, como en la humana, hay puntos que son esenciales, y los hay accidentales. La inteligencia sabe distinguir los unos de los otros. Y dar la importancia que merecen los unos y los otros. Sólo de esta manera se adelanta, se ganan posiciones, sin perder lo sustancial, ni alejar a los que, más avisados y de mayores valores, retrocederían ante una exigencia de conservar follajes o ramas innecesarias o perjudiciales.

La clarividencia merece confianza y es muy útil y necesaria en momentos de crisis y de revisión para no derribar a lo loco ni conservar por sistema.

III. INICIATIVAS

El inmovilismo es estéril en iniciativas. La iniciativa es un riesgo, una aventura.

Iniciativas en todo: en la vida sobrenatural y en la

material, en la vida comunitaria y en la formación individual.

Un Obispo estudiaba inglés a las 78 años y un Papa, ruso casi a los 80.

La iniciativa es fruto de un gran trabajo y de una constante reflexión.

Como el fruto de un gran trabajo es el genio.

El inventor de la penicilina no buscaba la penicilina precisamente. Estuvo toda su vida entregado a la investigación de otra cosa, pero ese trabajo fue recompensado con el gran descubrimiento.

Los grandes secretos se venden a precio de gran trabajo. Caro precio. Hay quien quiere comprar muy barato y, claro, compra... baratijas.

IV. CLARIDAD EN LAS PALABRAS

Los americanos tienen esta receta para ser eficaz orador: tener algo que decir. Decirlo. Y callarse.

Procurar ahorrar palabras. Santa Teresa ya se quejaba de que no sabía decir las cosas si no era con muchas palabras. Ella veía que esto era un fallo. Ciertamente.

Pocas palabras y certeras. Economizar palabras. A veces me maravillo de cómo para decir una idea se gasta un tiempo ilimitado.

De Cisneros dice Pemán que era como la higuera que da fruto sin dar flor. No me gustaría tal austeridad seca, de otoño. Porque me gustan mucho las flores. Y brevedad y simplicidad en las palabras no quiere decir sequedad o rudeza. Breve, si bello ¡qué poderío!

Además decir las cosas de manera que no puedan ser mal interpretadas, porque todo lo que puede ser mal interpretado, se interpreta mal.

Recordemos lo del misionero: la primera vez no entienden nada. La segunda todo al revés. La tercera bien, pero la cuarta parte. La cuarta la mitad. Y sólo a la quinta lo entienden bien todo.

Claridad, brevedad, economía de palabras, escritas y habladas. Que cuando se escriba o se hable sea para decir algo... no para gastar tiempo.

V. HORARIO

Someterse al horario es canalizar la energía.

Es difícil que el hombre esté siempre en disposición de hacer las tareas, las duras, sobre todo, teniendo que decidirse cada vez. Porque la vida tiene altibajos y el humor, el optimismo, cambian y desaparecen.

Si uno tiene que decidir lo que tiene que hacer en un momento de depresión ya me diréis cómo va a quedar aquella gesta... No se hará... porque no tiene ganas...

No se puede quedar uno desguarnecido a merced del vaivén de los signos cambiantes de su humor. Hay que poner razón, peso de verdad en los actos.

Tener un horario es huir del riesgo de estar sometido a la eventual fluctuación y situación del cuerpo y del alma.

Tener un horario, esclavizarse a un reglamento, es haber pensado con la cabeza y ahorrar energías y potenciarlas. Como el agua a sus anchas y ésta sometida al control del pantano. Así puede originar mucha energía, crear centrales eléctricas y engendrar vida.

PEREZA

I. PIENSA.

Si te dejas vencer por la pereza ¿puedes calcular el bien de que privas a la humanidad?

Piensa que tienes hijos que criar, piensa que ese momento que pierdes ya no lo recuperarás nunca. Piensa... y reacciona. No seas perezoso. Sé diligente.